

5

ÍNTIMO Y PERSONAL

Se llamaba Hernán. Había aparecido un día en el trabajo y desde entonces, no había dejado de venir; siempre a la misma hora. Un hermoso joven moreno de ojos oscuros, pelo enmarañado y sonrisa perfecta. Seguro de sí mismo, con un gran magnetismo personal, que no se dejaba amilanar por las evasivas o por la fría cortesía. Tan simpático, tan solícito que decidió dejarse seducir. ¿Por qué no? No recordaba la última vez que tuvo relaciones sexuales, mínimo hacía un año dos meses, una semana y medio día. Desde el momento que comenzó a tener sueños eróticos con su psiquiatra, el único hombre heterosexual de su vida, se dio cuenta que tenía que hacer algo al respecto.

Al ritmo de sus caderas se movía sobre él. Mientras los gemidos de placer aumentaban de intensidad así como sus movimientos. Apoyaba sus manos en su pecho desnudo para descansar los músculos de los muslos y jugar con la profundidad de la penetración. La respuesta un quejido ahogado de éxtasis. No le dejaba asueto, y acabaría pronto el encuentro a ese ritmo. Los temblores de su abdomen y los ojos en blanco de su amante le indicaron el momento. Se apartó de él y se sentó al borde de la cama.

- Ha estado increíble – le comunicó cuando recobró la compostura. Se acercó a ella por la espalda y le besó el hombro - ¿lo volvemos a repetir dentro de un rato? Aún me quedan preservativos. Pero esta vez déjame tomar la iniciativa. Tienes suerte que mi apetito sexual sea el de un adolescente - le besó el cuello, pero ella se apartó- ¡Oye, qué ocurre...! no me quejo de nuestros encuentros esporádicos, ni de tu entusiasmo, dios me libre de ese sacrilegio. Pero por una vez me gustaría ser yo quien te diera placer. No me importan tus cicatrices, ya lo sabes y aún no has probado mi especialidad, por la que seguramente te enamorarías irremediabilmente de mí y te convertirías en mi esclava sexual de por vida.
- Lo dudo... - se levantó para ir al baño.
- Ya sé, quieres acabar con mi orgullo masculino. ¿Sabes que eres muy agresiva y mandona en la cama? Me vas a mal criar
- No te quejabas hace un minuto – gritó desde allí, mientras se daba una ducha rápida.
- Me siento tu consolador – dijo imitando estar ofendido – y te aseguro que hay otras partes de mi anatomía diseñadas para estos menesteres, muy eficientes. Por ejemplo mis manos o mi lengua. Pero la señorita de “se mira pero no se toca” tiene que seguir siempre las normas.
- Sabes que esas son las reglas, las tomas o las dejas pero no son negociables.
- Quien te oyera parece que te estuviera pidiendo algo horrible...

Apagó la luz del cuarto de baño, secándose con la toalla y volvió a la cama con cara de fastidio. Sabía que ese momento tenía que llegar en algún momento. ¿Por qué no se conformaba con eso?

Cuando se tumbó en la cama, él se tendió a su lado y le puso la mano en su vientre, con su dedo recorrió las diferentes cicatrices del abdomen de forma descendente y distraídamente metió la mano entre sus muslos para acariciarle.

- Estate quieto o te vas – le golpeó y quitó la mano. Mejor sería hacer algo y rellenar ese momento tan embarazoso antes de pedirle amablemente que se vistiera y se largara a su puta casa.
- Está bien, está bien... seré un niño bueno – se desmadejó en la cama y como si fuera un efebo despreocupado y satisfecho se estiró y colocó sus manos detrás de la cabeza – si alguno de mis congéneres masculinos me escucharan, pensaría que estoy como un cencerro – Elena se colocaba la ropa interior – me tiro a una mujer que está de vicio, que hace todo el trabajo y me quejo...
- La cuestión es quejarse
- Supongo que es tu autosuficiencia la que me tiene desconcertado. Los polvos rápidos tienen su aquel. Sin embargo, a veces quieres algo más elaborado. No sé... - empezó a reírse entre dientes - me gustaría que alguna vez te dejaras llevar, que gritaras mi nombre como una posesa, perdieras el sentido mientras me suplicas que quieres más y que gimieras como una gata en celo... solo de pensarlo, nuestro amigo – dijo mirándose el pene – se ha puesto contento.
- Pues tu amigo tendrá que contentarse en otro momento... ya es tarde y mañana tengo que madrugar.

Pero Hernán no era de los que se rendían con facilidad. En dos movimientos se levantó y cogió algo de su pantalón. Y ante la mirada incrédula de su amante, como un médico que se pone los guantes de látex antes de una exploración, se colocó el preservativo. En sus labios dibujada una sonrisa maligna y lasciva.

-Cariño... esto no te va a doler...

Intentó quitárselo de encima, cuando decidido comenzó a oscultarla mientras decía “*¡hay que actuar de inmediato o perderemos a la paciente!*”; mas luego, cuando su juego se hizo más atrevido dejó de luchar contra él. No sabía si fue porque le hizo reír o porque cuando le susurró al oído con deseo y urgencia que confiara en él, sintió un estremecimiento que despertó todos sus sentidos de repente.

- “*Confía en mí. Nunca haría nada que les hiciera daño*” le susurró aquella voz, superpuesta a la de Hérrnan.
- Te odio – gruñó antes de apretar su boca contra la de su amante con una pasión que ella misma desconocía.

Descansó sobre ella para recuperar el aliento, le retiró el pelo empapado de la cara y le dedicó una sonrisa satisfecha. Elena tenía los ojos cerrados, estaba exhausta y con una extraña sensación el cuerpo.

- ¿Te has dado cuenta de la diferencia? Es mucho mejor cuando se juega en equipo – lanzó un suspiro agotado, y rodó al otro lado de la cama. Se quedaron dormidos.

No sonó el despertador, fue la luz que entró en la habitación la que les indicó que era el momento de despertar.

- Buenos días, me quedé dormido... no te preocupes me iré en seguida.

Oyó como se dirigía al baño y encendía la ducha.

- No gastes el agua caliente...
- Bien. Por cierto, no sabía que supieras otros idiomas - ante su silencio continuó hablando – Sí, creo que me imprecabas en alemán o algo así. ¿Qué significa Korako? ¿Muévete más rápido bastardo?... Parece japonés
- No recuerdo haberte dicho nada – entró en el cuarto de baño, esa conversación se estaba tornando surrealista -.
- ¿No te acuerdas? Alcánzame una toalla – corrió la mampara dejando a la vista su cuerpo desnudo y sus heridas de guerra – Eres toda una caja de sorpresas, no sabía que esos sonidos podían salir del cuerpo de una mujer.

Se calló cuando la toalla se estrelló contra su cara.